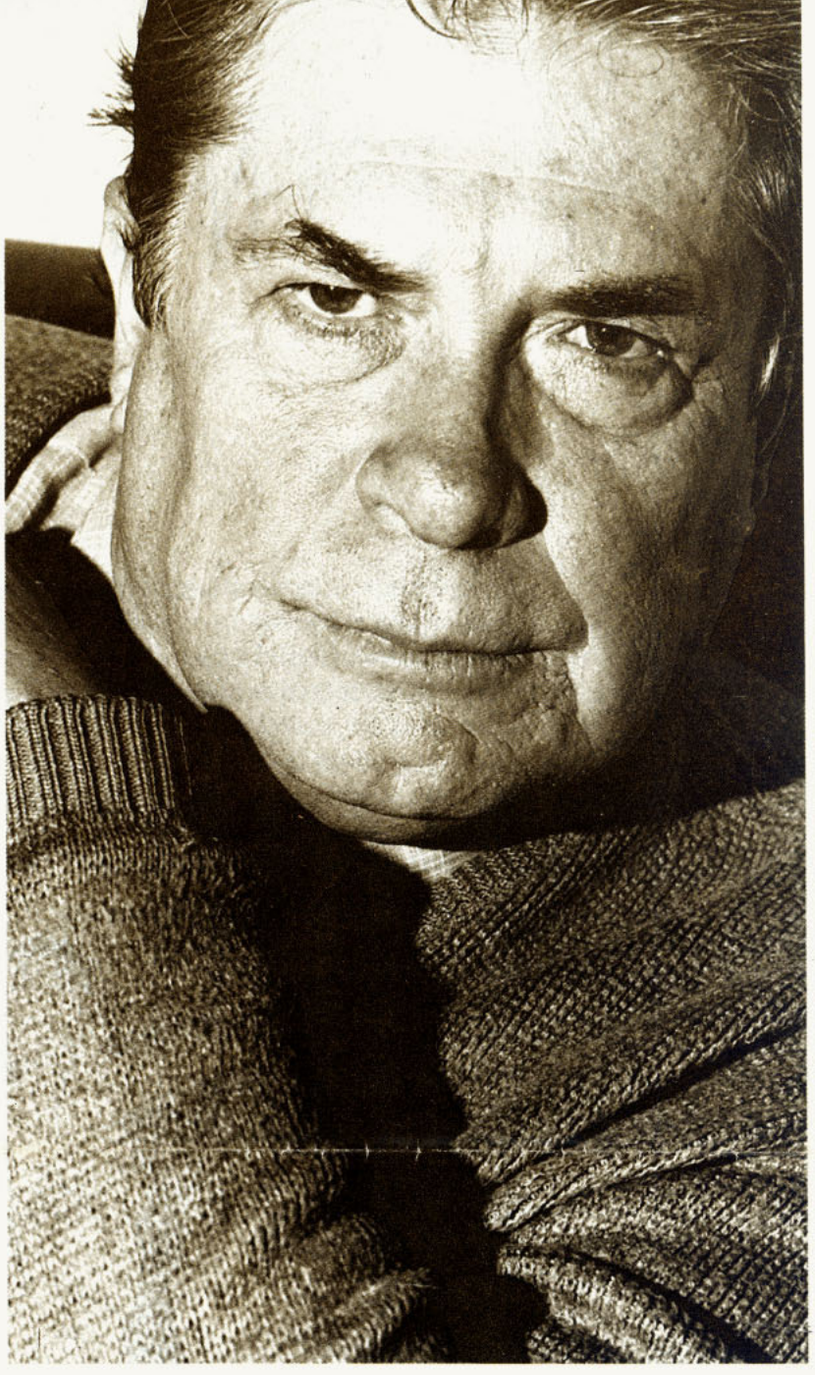
Se dice que debido a nuestras fronteras naturales -el océano más vasto del planeta, un desierto capaz de enseñarle al hombre lo que es la soledad total, la cadena más larga de montañas altas y el continente antártico- Chile es una isla. ¿Será, entonces, por insulares que los chilenos somos "patiperros", que al igual que otros isleños del mundo, salimos en busca de las regiones continentales? Al menos tenemos una buena pregunta. Y otra: ¿Será acaso por insulares que vivimos aislados y con tanto atraso solemos recibir las noticias de otros parajes? Y por noticias entiéndase no sólo el último hecho acontecido en cualquier lugar, la última batalla del narcotráfico, las celebridades recientemente aniquiladas por el Sida o las vueltas apasionadas de la perestroika, sino también las buenas novelas publicadas en otros países, el nuevo pintor de cualquier parte que a todos ha logrado deslumbrar con sus colores, la voz maravillosa que revive viejos compases de jazz o de tango.

Un día Antonio Cisneros -que era entonces un jovencito muy delgado y bastante tímido, aunque ya gran voz poética vislumbrándosenos habló de un nuevo narrador de su país que estaba despertando un interés inusitado con su primera novela,La ciudad y los perros.Era 1964 y no habíamos escuchado hasta entonces el nombre de Vargas Llosa,de manera que la curiosidad nos llevó (hablo de Skármeta, Palazuelos y otros que dábamos los primeros pasos en las letras) a las librerías a buscar esa obra. Nos enteramos con asombro de que estaba ya traducida como a diez idiomas, y quizás debiéramos haber puesto un grito en el cielo por tener que recibir desde otros continentes la novela de nuestro vecino tan cercano.

Veamos, mejor, los motivos de la queja.

Para un escritor chileno, vivir años de exilio en México significó entrar en conocimiento directo y cerrar lazos de admiración y afecto con sus iguales no únicamente mexicanos, sino también de otros países. México fue una gran olla común, un gran recipiente de múltiples exilios. Ahí llegamos desde Chile y encontramos a los de Guatemala, Nicaragua (de Somoza), Panamá, Ecuador, Brasil, Uruguay, Bolivia, Argentina.

Nos fuimos conociendo, nos leímos unos a otros y divulgamos también las obras de nuestros connacionales para ir siempre haciendo crecer el radio. Narradores estupendos, poetas buenos, dramaturgos. ¿Cómo no alegrarse de un Jorge Boccanera a quien, ante su afán casi troglodita de conocer toda la poesía de América, le damos a leer a Jorge Teillier, convirtiéndolo para siempre en su



YA INSTALADO EN CHILE DEFINITIVAMENTE, POLI DELANO, TAN BUEN BEBEDOR COMO ESCRITOR, ADQUIRIO UNA SED DIFICIL DE SACIAR: LA DE LOS LIBROS QUE NOS FALTAN, ESPECIALMENTE DE AUTORES LATINOAMERICANOS.

SED DE LEER

adicto, y que admira y antologa a Rolando Cárdenas, Gonzalo Millán o Jaime Quezada? Cómo no agarrarse del moño y polemizar con el intenso humor negro de Humberto ("Cacho") Costantini (Q.E.P.D.), que en una reunión literaria me dice con porteña arrogancia: "voz sos un turista del tango". Viajar a las provincias haciendo "la revolución en bicicleta" con Mempo Giardinelli (argentino del Chaco, hemingwayano de aspecto); con Saúl Ibargoyen (uruguayo); con el cuentista carioca Eric Nepomuceno. A dar charlas, dialogar con estudiantes, leer nuestros trabajos en público, dirigir talleres, ser jurados de algún concurso. Emprender con Dimas Pitti (panameño) la antología narrativa del exilio en México, buscando afanosamente el prólogo de García Márquez, que jamás prologa nada, pero esta vez sí. Compartir tantos buenos momentos, tantas tareas de nuestro oficio con el Eraclio Zepeda de los asaltos nocturnos y los trabajos de la ballena, su agudo humor y sus inigualables narraciones orales de legítimo "cuentero"; con el antes "lolo terrible" José Agustín, de las más graciosas peripecias urbanas; el policiaco Ramírez Heredia, creador del detective criollo Ifigenio Clausel, "If" para los amigos, cantándose el repertorio completo de José Alfredo Jiménez, que lleva a sus cuentos; Gustavo Sainz, Oscar Oliva, tantos más. Conocernos todos. Participar juntos en las mil y una noches.

VOLVIENDO A CASA

¿Y ahora, desde la lejanía, cómo nos contactamos? Existe el correo, pero es poco. Ciertamente que por un lado con la reconquista de la democracia, las visitas artísticas se van a ir multiplicando día a día. Ya tuvimos a Silvio y a Serrat, que durante dieciséis años no pudieron entrar a Chile. Ya vinieron los escritores mexicanos José Manuel Pintado (poeta) y Arturo Azuela (novelista). Acaba de visitarnos el poeta y cineasta cubano Víctor Casaus. Y seguirán otros. Pero, por supuesto, eso tampoco basta. Necesitamos conocer las obras, pisar las huellas, recorrer las trayectorias, tratar de emular modestamente a Bellas Artes (México), que unifica la creación artística de todo el país y la relaciona con el mundo exterior; a Casa de las Américas, que desde hace treinta años ha sido eficiente unificadora de nuestra cultura continental. Ha rescatado los grandes valores, los clásicos, los grandes olvidados, también, de nuestras literaturas. ¿Cómo podríamos leer aquí la última novela de Britto García, o cómo podrían leerse en Bolivia los cuentos de Costantini o Pedro Orgambide, si no fuera por Casa?

¿Y quién de estos lados ha escuchado los nombres de Antonio Torres y Olga Savary, dos excelentes escritores de Brasil, él novelista, ella poetisa? Visité recientemente diversas librerías -de esas que van algo más allá del último best-seller- y pregunté qué libros tenían de José Agustín (así, sin apellido). No había ninguno.

QUE VEINTE AÑOS NO ES NADA

Hace veinte años, cuando Mariano Aguirre y Carlos Olivárez, en un arrebato delirante, me dijeron que se trataba nada menos que de un nuevo Shakespeare, corrí a la Librería Universitaria y pregunté con timidez si tenían algo de José Agustín (sonaba raro, sin apellido). Tenían. Compré De perfil, su segunda novela, escrita cuando el autor andaba por los veintidós años. Si bien podía no ser un nuevo Shakespeare, sí era un excelente novelista, el "chavo" inventor de "la onda" en México, audaz en lenguaje y forma, desenfadado, divertido y polémico. Un escritor al que, desde luego, daban ganas de seguir leyendo. Han pasado los veinte años que según Carlos Gardel "no es nada" y José Agustín debe andar cumpliendo los cuarenta y seis. Ha escrito y publicado ininterrumpidamente; ha crecido como novelista y madurado como hombre de su tiempo. Nos deleitó con los acrobáticos amores de El rey se acerca a su templo y con las locas persecuciones de Las ciudades desiertas (que agotó treinta mil ejemplares en tres meses); pero hasta este título llega nuestro seguimiento. Estamos en Chile: no existe más José Agustín, que sí existía hace veinte años. Miguel Donoso Pareja y Jorge Enrique Adoum, de Ecuador; Costantini y Orgambide, de Argentina; el uruguayo Saúl Ibargoyen; José Luis González, puertorriqueño; los guatemaltecos Augusto Monterroso y Mario Monteforte (mucho "monte" en Guatemala)... Y podríamos seguir en una larga lista reiterando el hecho.

El retorno a los países es de algún modo el puente entre dos culturas, la propia y aquella que lo acogió. Pronto debieran verse frutos. Pero, una vez más, tampoco basta. Son también los organismos culturales los que debieran tomar el toro por las astas: ¿no hay editores que quieran, que se interesen por hacer un poco de patria latinoamericana y recrear los días en que cualquier estudiante de letras, cualquier profesor de castellano, el escritor, los aficionados a la literatura, podían encontrar libros buenos, nuevos, interesantes, aunque no estuvieran en las listas de taquilla?

Texto: Poli Délano